EL TEATRO,

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

MI MUJER

ME ENGAÑA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ,—40,—2.°

1874.

MI MUJER ME ENGAÑA.

MI MUJER ME ENGAÑA,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

DON EDUARDO DE LUSTONÓ.

Representada con extraordinario éxito en el Teatro ROMEA la noche del 17 de Octubre de 1874.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1874.

PERSONAJES.	ACTORES.
CONSUELO.....	Sras. Buzon
TERESA.....	Corona.
JUANA.....	Perez-Cachet.
SOFÍA.....	N. N.
ANTONIO.....	Sr. Domingo.
EMILIO.....	Escribano.
RAFAEL.....	Perez-Caghet.
DON MÁRCOS.....	Jover.

Esta obra es propiedad de D. Alonso Gullon, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galería Dramática y Lírica, titulada el Teatro, de DON ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de Antonio. Á la izquierda, primer bastidor, un armario. En el segundo bastidor un balcon. Á la derecha una chimenea, y encima de ella un reloj y dos jarrones. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

CONSUELO, SOFÍA y TERESA. La primera aparecerá sentada cerca de un velador y bordando.

CONS. (Á Sofía.) Entónces, ese casamiento no te desagrada?
SOFIA. No; hace tiempo que Rafael me parece muy simpático.
CONS. Lo que no comprendo es, que sabiendo todos lo mucho que te quiere, aún no se haya declarado.
TERESA. (Entrando con un bouquet en la mano.) Nunca es tarde si la dicha es buena. Hoy se declarará.
CONS. Querida Teresa!
TERESA. Buenos dias, queridas amigas. Sí, mi sobrino Rafael se ha decidido á hacer hoy mismo la peticion oficial.
CONS. De veras?
TERESA. Ya lo vereis.
SOFIA. Ay, qué hermoso *bouquet*!
TERESA. Es un regalo de mi esposo, por eso no te lo ofrezco.
SOFIA. Ponlo en este jarron para que no se marchite. (Teresa coloca el *bouquet* en uno de los jarrones de la chimenea.)

CONS. Sabes que tu marido es muy galante?

TERESA. No lo creas. Cuando él me ha obsequiado con ese *bouquet*, es señal de que no anda en muy buenos pasos.

CONS. No comprendo...

TERESA. Sí, el marido que tiene algun entretenimiento es el que se muestra más obsequioso con la mujer para que no sospeche.

CONS. Ah!

TERESA. Oh! pero yo estoy sobre aviso con el mio, le vigilo, y como le coja, pobre de él! Tú sí que eres dichosa, querida Consuelo! Antonio, tu esposo, es un hombre ordenado: sería el fénix de los maridos si no estuviese tan orgulloso con la posicion que ocupa en el ministerio y si no fuese tan tacaño en el interior de su casa.

CONS. (Vivamente.) Tacaño no.

TERESA. Tú misma me lo has confesado.

CONS. Antonio es muy económico y nada más; se imagina que con dos mil reales al año para vestir tengo de sobra y...

TERESA. Apenas te alcanza ese dinero para un traje. Felizmente has encontrado el medio...

CONS. Chist!...

TERESA. Descuida, que no cometeré ninguna indiscrecion.

SOFIA. Aquí viene mi padrino.

ESCENA II.

LOS MISMOS, ANTONIO y despues JUANA.

ANT. (Entrando por la derecha y hablando desde la puerta.) Juana, mi café, date prisa. (Viendo á Teresa.) Ah! perdone usted, señora, no la había visto. ¿Cómo está usted?

TERESA. Perfectamente.

ANT. Me alegro. Emilio ya sé que está bueno!

TERESA. Sí.

ANT. Y á qué debemos el gusto de verla hoy por aquí?

TERESA. Venía á anunciar á ustedes la visita de mi sobrino Rafael.

ANT. Cómo! Al fin se decide á dar el golpe? me alegro. Lás-

lima que mi oficina no me permita aguardarle. (Llamando.) Juana! mi café!

JUANA. Aquí está, señor. (Pone sobre el velador las cafeteras y le sirve.)

ANT. Pero mi mujer me reemplazará. Tengo absoluta confianza en ella y doy por hecho cuanto haga. Usted gusta acompañarme? (Ofreciendo café á Teresa.)

TERESA. Mil gracias.

ANT. (Á Sofía.) Sabes que me ocupo de tí?

SOFIA. De mí?

ANT. Sí; acabo de leer en *La Correspondencia* el anuncio de una profesora de piano, madame Roberchini, una notabilidad que enseña por un nuevo sistema. Voy á llamarla, porque quiero que estudies con ella.

SOFIA. Es inútil, porque mi madrina me da lecciones.

ANT. Sí, ya sé que mi mujer tiene un gran talento como aficionada y que sería una profesora si hubiese continuado estudiando, pero la Roberchini vale mucho más, viene precedida de una gran fama.

CONS. Mira que vas á llegar tarde al ministerio!

ANT. En seguida marcho, ya sabes que soy la exactitud en persona. Lo único que siento es que sea martes, pues como soy fatalista...

TERESA. Já, já, já!

ANT. (Levantándose con la taza de café en la mano.) Señora, no debe uno reirse de esas cosas. Todo tiene su razon de ser, y á veces los incidentes más fútiles, producen las más graves consecuencias. (Alargando la taza.) Juana! echa un poco de más café!... Prueba de ello el vaso de agua que la duquesa de Malboroug derramó sobre el traje de... (Recibiendo el café sobre la mano y gritando.) Ay! Me he abrasado! (Deja caer la taza sobre el vestido de Teresa.)

TERESA. Mi traje!

CONS. (Á su marido.) Pero, hombre!

ANT. (Estupefacto.) Absolutamente como en el vaso de agua! (Cambiando de tono.) Sólo que esto es café.

CONS. (Á su marido.) Mira lo que has hecho. Este traje queda

inservible!

ANT. Señora, lo siento mucho, pero me estaba quemando y...

CONS. (Á Teresa.) Ven á mi tocador y allí procuraremos reparar la torpeza de Antonio. (Teresa, Consuelo y Sofía se van por la derecha.)

ANT. (Siguiéndolas hasta la puerta.) Señora, pido á usted mil perdones. Me estaba quemando, y cuando uno se quema no se puede contener. (Bajando á la escena.) Un traje perdido! Y bien, le compraré otro mejor y remediaré el daño.

ESCENA III.

DICHO y EMILIO.

EMILIO. Buenos dias, Antonio.

ANT. Hola, Emilio!

EMILIO. Está aquí mi mujer?

ANT. Sí, desgraciadamente, pues acabo de derramar sobre su traje...

EMILIO. (Interrumpiéndole.) No se trata ahora de eso, ¿has encontrado aquí una petaca que me dejé ayer?

ANT. Una petaca? No. ¿Pero vinistes ayer?

EMILIO. Sí, ¿no te lo ha dicho Consuelo?

ANT. No por cierto. Sabes que si yo fuese celoso como ese desdichado don Márcos, que vive en el piso tercero...

EMILIO. ¿En el piso tercero?

ANT. Sí, hombre, ¿no le conoces? Tiene una mujer muy guapa.

EMILIO. ¿Muy guapa? Dí más bien hermosísima.

ANT. Segun eso, ¿la has visto? Bribon! Sigues siendo el mismo!

EMILIO. Y bien, sí, lo confieso; tengo la misma debilidad de siempre. Adoro á las mujeres, y como Teresa empieza á madurar, de cuando en cuando busco una fruta verde para saciar mi apetito.

ANT. Un hombre casado! ¿Sabes que eso no está bien

?

(Cambiando de tono.) Dime, quién es ahora la que está en alza?

EMILIO. No puedo: se trata de una mujer que no es libre.

ANT. Ah!

EMILIO. Está unida á un imbécil.

ANT. Pobre hombre! Escucha, Emilio, ya sabes que no soy meticuloso, pero creo que haces mal en seguir siendo tan calavera.

EMILIO. Bah! no digas tonterías.

ANT. Mira que el dia ménos pensado se entera tu mujer y...

EMILIO. Imposible. Mi mujer es celosa, pero la engaño admirablemente. El único enemigo que tengo es esta maldita cabeza. ¿Querrás creer que no pasa dia que no pierda algun objeto? Afortunadamente en cuanto echo de ménos algo, compro otro objeto igual para que mi mujer no se entere.

ESCENA IV.

DICHOS, TERESA.

TERESA. No os molesteis por mí, hasta luego. (Viendo á su marido.) Eres tú?

EMILIO. Sí, sabía que estabas aquí y he venido á buscarte.

TERESA. Pues vámonos, con eso me acompañarás á comprarme un traje.

ANT. De ningun modo: yo he causado el daño y debo repararlo. Esta tarde le enviaré á usted uno.

TERESA. No faltaba más! Vamos, Emilio.

EMILIO. Vamos

ANT. (Saludando.) Adios, señora.

TERESA. Adios, amigo mio. (Vánse por el foro Teresa y Emilio.)

ESCENA V.

ANTONIO, despues MÁRCOS.

ANT. Emilio concluirá mal. El mejor dia le coge un marido

celoso y... Quién será ahora la señora de sus pensamientos?

MARCOS. (Entrando.) Buenos dias.

ANT. (Ap.) (Ya está aquí don Márcos.) (Alto.) Buenos dias, vecino.

MARCOS. Usted dispensará si vengo á molestarle, pero necesito hacerle una pregunta.

ANT. Diga usted.

MARCOS. Su chimenea de usted, hace humo?

ANT. (Admirado.) Hombre, no!

MARCOS. Veo que le extraña á usted mi pregunta y voy á serle franco. Cuando entro en mi casa encuentro siempre á mi mujer encerrada en su cuarto y con el cerrojo corrido. ¿Por qué echa el cerrojo? Á esta interpelacion me contesta siempre mi mujer, que es para impedir que la chimenea haga humo. He ido á consultar con un abogado...

ANT. Hombre, más natural hubiera sido que llamase usted á un limpia chimeneas.

MARCOS. Y cree usted que un limpia chimeneas me explicaría de dónde ha venido esta petaca que me encontré ayer en la habitacion de mi esposa? (Abriéndola y enseñándosela á Antonio.) Es usted fumador?

ANT. (Alargando la mano.) No tengo costumbre, pero ya que usted se empeña...

MARCOS. (Guardando la petaca.) No, si no le ofrezco á usted. (Cambiando de tono.) Usted comprenderá que la presencia de este cuero de Rusia en la alcoba de mi mujer me hace hervir la sangre! Oh! las mujeres! las mujeres!

ANT. Vamos, cálmese usted, don Márcos.

MARCOS. Que me calme, que me calme! Dichoso usted, que cree en la virtud de las mujeres! ¡Que confía en la suya!

ANT. Y por qué no? Mi mujer es un modelo.

MARCOS. Si es un modelo no digo nada. (Cambiando de tono y sacando de nuevo la petaca.) Oh! pero esto no puede quedar así. Yo encontraré al propietario de este utensilio, yo le encontraré y entónces...

ANT. Perdone usted, amigo mio, pero es la hora de ir á la oficina y ántes tengo que ir aquí al lado, á casa de Montalvan, á hacer algunas compras.

MARCOS. Pues por mí no se detenga usted. (Váse Antonio por la izquierda.)

ESCENA VI.

D. MÁRCOS y RAFAEL.

MARCOS. (Sentándose.) Qué hombre tan calzonazos! Pues no confía en su mujer y dice que es un modelo! Buen modelo te dé Dios! ¡Como si todas las mujeres no fuesen lo mismo!

RAFAEL. (Entrando por el fondo.) La señora de Fernandez?

MARCOS. (Ap.) (Un jóven que pregunta por la esposa!) (Alto.) Pase usted. (Ap.) (Me parece que este jóven no trae muy buenas intenciones. Veamos.) (Alto á Rafael.) La señora de Fernandez está.

RAFAEL. Me alegro mucho.

MARCOS. (Ap.) (Se alegra!) (Á Rafael.) En cuanto á su esposo, no tardará en volver.

RAFAEL. (Admirado.) Su esposo! Pues qué, ¿no está en el ministerio?

MARCOS. (Ap.) (Cuando yo decía!) (Alto.) Ah! conque usted creía que estaba en el ministerio?

RAFAEL. Así me lo ha dicho mi tia, á qnien acabo de encontrar.

MARCOS. (Su tia! Te veo!) (Alto.) Basta de rodeos, jóven.

RAFAEL. Qué dice usted?

MARCOS. Basta de rodeos. Sé lo que le trae á usted aquí; ¿quiere usted que se lo diga? Pues bien, es el amor.

RAFAEL. Y cómo sabe usted...

MARCOS. Yo no sé nada, pero tengo un olfato que... (Sonriendo amargamente.) Ademas, yo no creo en la virtud de las mujeres.

ESCENA VII.

DICHOS y ANTONIO.

ANT. (Entra por la izquierda con un lio en la mano.) Ya tengo el traje. Por cierto que he tenido una disputa con el dueño de la tienda. Caballero, le he dicho, mi esposa lleva trajes mucho mejores que éste y no le cuestan ni la cuarta parte de lo que usted me ha pedido.

RAFAEL. (Siguiéndole.) Señor don Antonio!...

ANT. (Sin escucharle.) Eso es imposible, me ha contestado el comerciante.—Yo se lo probaré á usted.—Tendré mucho gusto.—Y los dependientes entre tanto se reían en mis barbas. Es decir, en mis barbas no, porque no las tengo.

RAFAEL. Señor don Antonio...

ANT. Calle! Es usted, Rafaelito? (Dándole la mano.) Tengo mucho gusto en verle.

RAFAEL. (Estrechándole la mano.) Yo venía...

ANT. Comprendo, usted viene... (Mirando su reloj.) Diablo! las once y hace una hora que debía estar en la oficina! pero en fin, por un poco más ó ménos... tome usted asiento.

RAFAEL. (Sentándose.) Gracias. Señor don Antonio: yo he nacido para vivir en el agua; la vida del marino con sus peripecias llenas de peligros era lo que soñaba mi ardiente fantasía; (Con entusiasmo.) oh! pasar la existencia sobre el Occeano tempestuoso, en medio de las espumosas olas que vienen á estrellarse sobre nuestra embarcacion, dormirse en los masteleros arrullados por la tempestad... ¡Concibe usted nada más grandioso ni más poético?

ANT. No, pero yo creo que usted es...

RAFAEL. Comerciante; mi familia no dió oidos á mi vocacion, y me hizo entrar en una casa de comercio, de la cual soy ya el dueño. En esa casa conocí á su ahijada de usted.

MARCOS. (Ap.) (Era por la ahijada!)

RAFAEL. Yo deseaba casarme con una mujer de los trópicos pero desde que ví á Sofía me convencí de que ella y no otra era mi media naranja. Durante séis meses he guardado en lo más profundo de mi corazon el sentimiento que me inspira su ahijada de usted; pero hoy, no pudiendo callar por más tiempo...

ANT. Sí, sí, comprendo. Amigo Rafael, el paso que usted da me complace sobremanera, porque aquí para entre nosotros, no creo que le es usted indiferente á Sofía.

RAFAEL. De veras?

ANT. Ademas, su eleccion de usted no puede ser más acertada. Sofía es una buena muchacha, educada bajo la direccion de mi esposa, y por consiguiente enemiga del lujo y...

RAFAEL. Enemiga del lujo su esposa de usted? Já, já!

ANT. (Ap.) (Este tambien se rie! Demonio! ya empiezo á estar inquieto.) (Alto.) Parece que duda usted, pues ahora verá. (Coge un abrigo de señora que habrá sobre una silla y se lo enseña.) Usted, que es perito en esta materia, cuánto cree usted que vale este abrigo?

RAFAEL. (Examinándolo.) Este abrigo no bajará de dos mil reales.

ANT. Dos mil reales! imposible. Si á mi mujer le ha costado una onza.

RAFAEL. Já, já, já!

MARCOS. (Ap. á Antonio.) (Querido vecino. ¿No ha visto usted una comedia, en la que hay un bendito marido que cree á pie juntillas que su mujer lo compra todo casi de balde y luégo resulta que es un amigo de la casa el que paga los trajes?)

ANT. (Enjugándose el sudor de la frente.) Ah, Dios mio!

MARCOS. Pues bien, caro vecino, todos los maridos tienen amigos de esa clase.

ANT. (Con furor.) Don Márcos, déjeme usted, ó no respondo de mí.

MARCOS. Está bien, me voy; pero no fie usted mucho en la virtud de las mujeres! Já, já, já! (Váse por el fondo.)

ANT. (Hablando consigo mismo.) (Será posible! Oh! no, de ningun

modo; pero este abrigo... Ah! qué idea...) (Á Rafael.) Amigo mio, usted desea obtener la mano de Sofía?...

RAFAEL. Ese es mi más ardiente deseo.

ANT. Pues bien, yo se la concedo á usted á cambio de un pequeño favor que va á dispensarme.

RAFAEL. Hable usted.

ANT. Como comerciante en sedería, debe usted estar al corriente del valor que puede tener cada traje ó abrigo de señora.

RAFAEL. Quién lo duda!

ANT. Pues yo necesito que me diga usted cuánto valdrá, aproximadamente el traje de mi mujer.

RAFAEL. (Ap.) (Qué capricho!)

ANT. Si la nota que usted me presente es exacta, mi sobrina será de usted. Hé aquí un libro de memorias para que apunte en él el precio de cada prenda. (Viendo llegar á su esposa.) Ella viene; disimulo, mucho disimulo, y tome usted nota de lo que trae puesto.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, CONSUELO.

CONS. (Sale con traje de calle y con un sombrero en la mano.) ¡Cómo! Aún no has ido al ministerio?

ANT. No, cuando iba á hacerlo entró el amigo Rafael... (Éste saluda entre tanto á Consuelo.) y dije, una hora más ó ménos... (Antonio empieza á dar vueltas alrededor de su mujer. Ap.) (Demonio! Está admirablemente puesta!)

CONS. No des más vueltas á mi alrededor, que me mareas.)

ANT. Tienes razon. (Tocando el traje de su mujer.) Es muy buena esta tela! (Á Rafael.) Es muy buena esta tela!

CONS. (Vivamente.) Oh! no vale cosa.

RAFAEL. (Poniéndose los quevedos.) Gros de París!

ANT. (Ap.) (Dios mio, gros de París!) (Tomando el sombrero de su mujer.) Calle! qué sombrero tan lindo y qué flor tan hermosa! (Pasa el sombrero por detrás de su espalda y dice á Rafael:) Mire usted esa flor. (Á su mujer.) Quién es tu

florista?

CONS. Una pobre muchacha que me lleva muy barato.

ANT. Ah! y esa muchacha, dónde vive?.

CONS. (Admirada.) Por qué me lo preguntas?

ANT. Te lo pregunto... como pudiera preguntarte otra cosa cualquiera, pero si es un misterio...

CONS. (Turbada.) De ninguna manera; esa jóven vive calle de Hortaleza, número quince.

ANT. (Ap.) (Hortaleza quince; no se me olvidará. (Alto y con indiferencia.) Como comprenderás, maldito lo que me importa...

CONS. Ya lo veo, y veo tambien que esta conversacion no tiene ningun atractivo para este caballero. (Señala á Rafael.)

ANT. Es verdad.

CONS. Y ademas, no es porque te vayas, pero me parece que es ya tiempo...

ANT. De ir al ministerio; tienes razon. Voy á tomar el sombrero. (Váse por la izquierda. Durante este diálogo, Rafael habrá tomado apuntes en el libro de memorias.)

CONS. (Precipitadamente, al ver salir á su marido.) Rafael!

RAFAEL. (Ocultando el libro.) Señora!...

CONS. Ya sabe usted que yo me surto en su establecimiento.

RAFAEL. En efecto, y ahora recuerdo que tengo que mandar á usted el traje que ayer eligió.

CONS. Yo tengo mis razones para que Antonio ignore lo que me cuestan mis trajes!

RAFAEL. (Sorprendido.) Ah!

CONS. Así es que si le pregunta á usted algo acerca de esto, deseo que le conteste usted que todo lo compro muy barato.

RAFAEL. Pero...

CONS. Sólo obrando usted de ese modo daré mi consentimiento para que se una con Sofía.

RAFAEL. (Ap.) (Bueno! y el otro que...)

CONS. Que todo lo compro muy barato, no se le olvide á usted. (Váse por la derecha.)

RAFAEL. (Sacando el libro.) Y yo que he apuntado aqui... Qué se

le ha de hacer; las mujeres son lo primero. (Arranca la hoja del libro, la hace una bola y la arroja por el balcon.)

ANT. (Volviendo.) Y bien, ha tomado usted nota?

RAFAEL. (Dándole el libro.) Era de todo punto inútil: la ropa de su señora, aunque de una gran vista, apenas vale cosa.

ANT. Cómo que apenas vale cosa? pues no decía usted que era gros de París?

RAFAEL. Imitacion, amigo, imitacion, y ese género se da casi de balde.

ANT. (Receloso.) Conque era gros imitado!...

RAFAEL. Justamente. (Ap.) (Ah! qué idea!) (Saca un prospecto del bolsillo.) Si quiere usted convencerse, aquí tiene usted un prospecto con los precios. Lea usted. «Almacen de los *Tres Monos*. Gran rebaja en los precios. Cortes de vestidos para señoras; los de quinientos reales á ciento veinte, etc., etc.» Conque amigo mio, usted tiene que ir á su ministerio y á mí me reclama mi establecimiento. Tengo la palabra de usted y me marcho tranquilo. (Saluda y váse por el fondo.)

ESCENA IX.

ANTONIO y luégo D. MÁRCOS.

ANT. ¿Dirá verdad? (Hojeando el libro.) No, á este libro le falta una hoja, la hoja en que tomó los apuntes. Mi mujer sin duda ha comprado su silencio, pero á qué precio? Lo ignoro. Oh! Si al ménos pudiese encontrar esa hoja. (Mirando por todos lados.)

MARCOS. (Entreabre la puerta del fondo y tira á Antonio una bolita de papel.) Ahí va eso.

ANT. Eh?

MARCOS. Nada, que usted me ha tirado esa bolita al pasar por la calle, y yo vengo á devolvérsela.

ANT. Que yo le he .. (De pronto.) Qué rayo de luz! (Cogiendo la bola.) Es ella, la hoja del libro! Veamos. (Lee y vacila.) Don Márcos!

MARCOS. (Acudiendo.) Qué le pasa á usted?

ANT. (Desfallecido y cayendo en un sillon.) Tengo una nube en los ojos. (Asiendo la mano de D. Márcos.) Don Márcos! (Con emocion y en voz muy baja.) Creo que mi mujer me engaña!

MARCOS. Amigo mio, pues yo jamás lo he dudado.

ANT. Pero es menester que yo me asegure: póngase usted el sombrero y corra á la calle de Hortaleza, número quince; allí vive una florista.

MARCOS. Hortaleza quince? No vive ninguna florista, es un calderero!

ANT. Un calderero!

MARCOS. Estoy seguro de ello.

ANT. Y yo que tenía á mi mujer por un modelo!

MARCOS. Ya le previne á usted; pero como no me hizo caso...

ANT. Oh! Pero yo necesito saber el nombre del infame que me deshonra! Yo necesito encontrarle y... usted me ayudará á buscarle, don Márcos; no es verdad?

MARCOS. Con mucho gusto; entre compañeros, hoy por tí y mañana por mí.

ANT. Es menester preguntar al portero.

MARCOS. Yo me encargo de eso.

ANT. Y yo voy ahora á ocultarme en el patio á observar quién sube y quién baja.

MARCOS. Me parece muy buena idea.

ANT. Vamos pues. (Se van por el fondo.)

ESCENA X.

CONSUELO, SOFÍA y á poco RAFAEL, JUANA y un DEPENDIENTE.

CONS. ¡Al fin se ha marchado al ministerio! No has observado que Antonio tenía hoy una cara muy singular? Parecía inquieto, preocupado.

SOFIA. Figuraciones tuyas.

CONS. Puede ser; sin embargo, me ha parecido que sospechaba algo acerca de mi lujo. Me ha hecho unas preguntas...

RAFAEL. (Entra seguido de un dependiente, que trae una caja.) Señoras,

soy yo. Aquí tiene usted el traje que ayer dejó apartado en casa. No he querido mandar solo al dependiente, para tener el gusto de saludar á esta señorita, á quien aún no había visto.

JUANA. (Entrando.) Señora! Señora! que viene el señor.

CONS. Ay Dios mio! y este traje... este dependiente... ¡qué contratiempo. Es necesario que no vea nada. (Al Dependiente.) Sígame usted. (Entra por la derecha.)

SOFIA. (Á Rafael.) Venga usted. (Váse tras Consuelo.)

RAFAEL. (Siguiéndolas.) Pues señor, no entiendo una palabra!

ESCENA XI.

ANTONIO y JUANA.

ANT. (Entra precipitadamente mirando á todos lados.) Nadie! y yo estoy seguro de haber visto entrar un sombrero negro... la cara no pude verla. (Á Juana, que hace como que arregla los muebles.) Juana, hija mia, ¿quién ha venido?

JUANA. Nadie, señor.

ANT. (Con tono cariñoso.) Vamos, sé franca y no te pesará.

JUANA. No he visto á nadie... ah! si, el aguador!

ANT. El aguador! (Ap.) (Han ganado á esta muchacha, el contagio se extiende.)

JUANA. Ha olvidado usted alguna cosa?

ANT. (Preocupado.) Sí. (Mirando á la puerta de la izquierda.) Debe haberse ocultado ahí. Oh! yo le encontraré, es preciso que yo le encuentre.

JUANA. Qué busca usted, señor?

ANT. (Con cólera.) Mi paraguas! (Entra por la izquierda.)

JUANA. (Abriendo la puerta derecha.) Señora!

ESCENA XII.

CONSUELO, RAFAEL, SOFÍA, ANTONIO y el DEPENDIENTE.

JUANA. (Señalando la puerta de la izquierda.) Pronto, que está ahí!

CONS. (Á Rafael.) Váyase usted.

JUANA. Por aquí. (Se dirige al fondo.)

RAFAEL. Vamos corriendo.

JUANA. (Volviendo precipitadamente.) Imposible! el señor ha dado la vuelta y viene hácia aquí.

CONS. Ah! (Coge el bouquet que estará sobre el jarron de la chimenea.) Este bouquet! (Al Dependiente.) Tome usted. (Á Rafael.) Diga usted que este es un dependiente de casa de la florista, y que esas flores son un regalo que hace usted á Sofía.

RAFAEL. Pero yo...

CONS. Silencio! mi marido.

ANT. (Apareciendo en el fondo.) (Era Rafael! Disimulemos.)

CONS. (Con dulzura.) Cómo! eres tú, amigo mio?

ANT. (Ap.) (Hé ahí la voz cariñosa de la mujer culpable!) (Alto.) Sí, había olvidado mi paraguas.

CONS. Pero si no llueve!...

ANT. Por eso mismo. Tengo observado que siempre que no lo saco llueve, y para no hacer cambiar el tiempo... (Mirando fijamente á Rafael.)

RAFAEL. (Sonriendo forzadamente.) Es una medida previsora!

ANT. Previsora, sí! (Sonriendo irónicamente.) Tiene talento esté Rafael. (Cogiéndole la mano y ap.) (Su mano tiembla! ¡he ahí el temblor del culpable!) (Afectando calma.) Y cómo es que ha vuelto usted por aquí tan pronto?

CONS. Ha venido á traer este bouquet...

JUANA. Para la señorita.

ANT. (Despues de mirar á todos.) Ah! (Á Rafael.) Y no despide usted al muchacho?

RAFAEL. Sí, sí... (Al Dependiente.) Juan, vuelva usted al establecimiento... (Consuelo tose.) de flores. (El Dependiente saluda y se va precedido de Juana.)

ANT. (Ap.) (Están de acuerdo. ¡Si yo pudiese sonsacar á Rafael!) (Dirigiéndose á él.) Amigo mio, tenemos que hablar un momento acerca de su matrimonio; ¿quiere usted hacerme el obsequio de pasar á mi despacho?

RAFAEL. Con mucho gusto.

CONS. Pero no vas al ministerio?

ANT. Ya me he retardado dos horas, y un poco más ó mé-

nos... (Á Rafael.) Vamos?

CONS. (Bajo á Rafael.) (No vaya usted á comprometerme.)

ANT. (Volviéndose vivamente.) Qué es ello?

RAFAEL. Nada, nada.

ANT. (Ap.) (Han hablado en secreto! ¡Qué trama, Dios mio, qué trama!) (Vánse por la izquierda.)

ESCENA XIII.

CONSUELO, EMILIO y despues ANTONIO.

CONS. Decididamente Antonio sospecha algo.

EMILIO. (Entrando por el fondo.) Pues señor, hoy no voy á poder ver á mi conquista. Al tiempo de entrar en su casa tropecé con el marido, que subía las escaleras, y no he tenido más remedio que meterme aquí.

CONS. (Sorprendida.) Emilio!

EMILIO. El mismo, señora, el mismo Vengo á recordar á usted que mi mujer la espera á la hora convenida.

CONS. Chist! que mi marido está ahí.

EMILIO. No tema usted.

ANT. (Abriendo la puerta izquierda.) (He oido llamar y vengo á ver quién ha venido.)

CONS. (Alejándose del lado de Emilio.) Es él!

ANT. (Ap.) (Emilio cerca de mi mujer! y estaban hablando bajo!)

EMILIO. (A Antonio.) Calle! tú aquí? Figúrate que pasaba por casualidad por la escalera y...

ANT. Por la escalera?

EMILIO. Sí.

ANT. Esas cosas suceden con frecuencia.

EMILIO. Justo; entónces entré... porque cuando uno pasa...

ANT. (Con ironía.) Por casualidad...

EMILIO. Se entra y...

ANT. Comprendo.

EMILIO. Al entrar me dijo tu mujer: usted dispense, pero estoy tan ocupada... (Hace señas á Consuelo.)

ANT. (Observándolo.) (Eh! Qué significan esos telégrafos?)

MILIO. Entónces yo la contesté: por mí no interrumpa usted su trabajo. Yo hablaré con mi amigo Antonio.

ANT. Sabias que estaba aquí?

EMILIO. No... es decir, sí, tu señora me lo ha dicho.

ANT. Ah! conque tú... (Á Consuelo.)

EMILIO. Sí, al entrar me dijo: mi marido está ahí.

ANT. Es claro.

CONS. Y no vas hoy al ministerio?

ANT. Ya me he retrasado hoy dos horas y media y un poco más ó ménos...

CONS. Con permiso de usted, Emilio, tengo que hacer y me retiro.

EMILIO. Es usted muy dueña.

ESCENA XIV.

ANTONIO y EMILIO.

ANT. Tenemos que hablar. Emilio: tú has dicho que pasabas por la escalera de esta casa, y yo necesito saber la verdad de lo ocurrido.

EMILIO. Tienes razon, entre los dos no debe haber misterios. La verdad es que yo venía á ver á una señora que vive en esta casa. Ya sabes, la señora de que te he hablado, la que no está libre.

ANT. Ah! sí, la que está casada con un imbécil.

EMILIO. Justamente.

ANT. Pues bien, yo necesito saber el nombre de esa mujer!

EMILIO. No puedo revelártelo.

ANT. Conque no puedes!

EMILIO. Ya te lo he dicho.

ANT. Emilio!

EMILIO. Qué te pasa?

ANT. (Cogiéndole de un brazo.) El nombre de esa mujer, ó no respondo de mí.

EMILIO. Que me haces daño!

ANT. Su nombre! su nombre!

EMILIO. Pero suélta! (Queriendo desasirse.) Se llama...

ESCENA XV.

LOS MISMOS, D. MÁRCOS y luégo RAFAEL.

MARCOS. Ya estoy aquí de nuevo.

ANT. (Á Emilio.) Habla, nada importa que esté delante este caballero, es un buen amigo!

EMILIO. (Ap.) (El marido!)

ANT. El nombre de esa persona!

EMILIO. (Con extrañeza.) Pero de quién hablas?

MARCOS. De qué se trata?

ANT. Se trata de que este caballero ha venido á esta casa á ver á una señora.

EMILIO. Hombre, no seas loco. ¿Vas á tomar en serio una broma mia?

ANT. Ah! conque hablabas en broma? Dime, entónces á qué has venido? (Rafeel entra por la izquierda.)

EMILIO. (Ap.) (Ah! ya tengo el pretexto.) (Alto.) Es muy sencillo: he venido en busca de un *bouquet* que se ha dejado olvidado Teresa. (Viendo el bouquet sobre la chimenea.) Hélo allí.

RAFAEL. (Ap., haciendo señas á su tio.) (Á que lo echa todo á perder!)

ANT. (Tomando el bouquet.) Este *bouquet* lo han traido de casa de la florista!

EMILIO. Vamos, á tí te pasa algo. Este *bouquet* lo he comprado yo esta mañana; por cierto que para no mojarme las manos, lo envolví en la cuenta que me acaba de enviar el sastre. (Antonio despliega el papel que rodea el bouquet.)

ANT. (Leyendo.) Por una levita paño Sedan...

EMILIO. Te convences?

ANT. Es verdad. (Ap. viendo á Rafael.) (Entónces es este otro!)

EMILIO. Conque chico, te dejo: ya volveré para ver si te has aliviado de la cabeza, que hoy no la tienes muy firme. (Á D. Márcos.) Servidor de usted. (Ap.) (Ahora que está aquí el marido, aprovecho la ocasion para ver á su mujer y recuperar la petaca que debí dejarme en su casa. (Váse.)

ESCENA XVI.

ANTONIO, D. MÁRCOS, RAFAEL y á poco JUANA.

ANT. Rafael, ya ha oido usted lo que ha dicho su tio. ¿Cómo explica usted el que siendo suyo el *bouquet*...

RAFAEL. (Ap.) (Audacia!) (Alto.) Muy fácilmente.

ANT. (Sorprendido.) ¿Muy fácilmente?

RAFAEL. Sí, mi tia me dijo: es necesario que obsequies á tu fotura. Toma mi *bouquet* y llévalo como si lo acabases de comprar en casa de la florista. Esto sale mucho más económico. Ya ve usted que la explicacion no puede ser más sencilla.

ANT. (Ap.) (Qué imbécil soy! Pues no he llegado á dudar de Rafael, cuando se va á casar con mi ahijada?) (Á D. Márcos.) Ay amigo don Márcos, qué enredo del demonio! Y lo peor es que no puedo sacar nada en limpio!

MARCOS. Paciencia! un poco de paciencia y ya se desenredará la madeja. Aprenda usted de mí. Yo sospechaba de mi mujer, y al fin y al cabo me he convencido de que estaba en un error. La petaca que encontré en su cuarto era de su tio, segun me ha asegurado.

ANT. Y qué se me importa á mí todo eso?

MARCOS. Lo mismo que á mí el que su esposa de usted salga diariamente de casa de una á cinco de la tarde.

ANT. Qué dice usted?

MARCOS. Que sé positivamente que su mujer de usted pasa todos los dias cuatro horas fuera de su casa, y que todos ignoran dónde va.

ANT. Don Márcos, está usted seguro?

MARCOS. Sí señor, de una á cinco de la tarde.

ANT. (Mirando el reloj.) La una y diez! (Llamando.) Juana! (Juana entra por la derecha.) Dónde está mi mujer?

JUANA. Acaba de salir.

MARCOS. Lo ve nsted?

ANT. (Á Juana.) Vete. Don Márcos, amigo mio, hágame usted un favor.

MARCOS. Cuantos usted quiera.

ANT. Mi mujer no debe estar lejos: corra usted tras ella sin perder un minuto y entérese á dónde va. (Descomponiéndale los cabellos.) Que no conozca á usted. Los cabellos sobre la cara. (Levantándole el cuello de la levita.) Levántese usted este cuello. (Abollándole el sombrero.) El sombrero así.

MARCOS. Pero...

ANT. Ni una palabra; corra usted. (Empuja á D. Márcos, que desaparece por el fondo.)

ESCENA XVII.

ANTONIO, RAFAEL y luégo JUANA.

ANT. Oh! Dios mio, y yo que era tan feliz!

RAFAEL. Pero don Antonio, qué le pasa á usted?

ANT. Qué es lo que me pasa? Un drama íntimo!

RAFAEL. Un drama!

ANT. Sí, mi mujer me engaña! ¡Mi mujer, en quien tenía depositada toda mi confianza, abriga una pasion criminal; el lujo, el maldito lujo la ha cegado, y para satisfacer sus caprichos ha contraido relaciones con... Oh! si yo lo supiera!

RAFAEL. Qué está usted diciendo?

ANT. Sí, amigo mio, un intruso á quien desconozco, la viste de seda y encajes. Aquí tengo los apuntes de usted, y para completarlos, vea y juzgue. (Abre el armario y saca varios trajes.) Uno, dos, tres, cuatro trajes, dos abrigos, cinco sombreros; veamos el calzado; cinco, ocho, once pares de botas sin estrenar! Ah! el pillo la calza bien! ¡Y yo la daba cinco duros al mes para calzado! Y bien, Rafael, qué me dice usted?

RAFAEL. (Estupefacto.) Que jamás hubiera creido que una señora...

ANT. Yo tampoco: yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego. Tan ciego estaba! Pero todo ha concluido entre los dos dos.

RAFAEL. Una separacion!

ANT. Oh! y don Márcos que no vuelve! Cada minuto que pasa se me hace un siglo! (Á Juana, que entra.) Qué quieres?

JUANA. Señor, es la esposa de su amigo de usted, don Emilio, que está en la sala y pregunta por la señora.

ANT. Que se espere; yo tambien espero. (Con cólera.) Y tú déjanos solos.

JUANA. Está bien, señor. (Ap.) (Decididamente al señor le pasa algo.)

ESCENA XVIII.

ANTONIO, RAFAEL y D. MÁRCOS.

ANT. (Con alegría.) Don Márcos!

MARCOS. (Entra por el fondo sofocado de tanto correr.) Uf! Vengo rendido.

ANT. Hable usted.

MARCOS. Deje usted que tome aliento.

ANT. Eso luégo. La ha seguido usted?

MARCOS. Sí; tomó la plaza del Ángel, despues la calle de las Huertas, y entró en el número diez y siete, piso tercero de la izquierda.

ANT. El tercero de la izquierda es el cuarto de Emilio.

RAFAEL Mi tio!

MARCOS. Allí se ha quedado. He preguntado al portero, y éste me ha dicho que la señora del tercero acababa de salir.

ANT. Emilio! mi íntimo amigo! Eso es. Á cada instante me decía que venía á esta casa para ver á una señora casada con un imbécil, y el imbécil era yo.

MARCOS. Siempre se lo he dicho á usted.

ANT. Y su mujer está aquí! Justo, él la ha alejado de su casa para estar solo con su cómplice. Infames!

MARCOS. Vamos, vecino, filosofía! Qué diablos! Usted no es solo en el mundo...

ANT. Esto es horrible! Pero tiene usted razon, tengamos calma. Voy á enviarle todo cuanto hay suyo en esta casa, pues no quiero que vuelva á poner los piés en ella. Rafael, hágame usted el obsequio de meter esa ro-

pa en esta maleta. (Trae una maleta que coloca en medio del teatro. Rafael guarda en ella los trajes y sombreros de Consuelo.) Don Márcos, aún le tengo que pedir otro favor.

MARCOS. Los que usted quiera.

ANT. Necesito que vaya usted á casa de Emilio y entregue esta maleta á mi esposa.

MARCOS. Pero hombre, eso es propio de un mozo de cuerda!

ANT. No exijo de usted que lleve la maleta, sino que acompañe á mi criado y participe á mi esposa mi resolucion de que no vuelva á poner los piés en esta casa.

MARCOS. Eso es otra cosa.

ANT. Venga usted conmigo. (Vánse con la maleta por la izquierda.)

ESCENA XIX.

RAFAEL y luégo CONSUELO.

RAFAEL. Culpable! Quién lo hubiera creido! Y no sé por qué me inspira ahora más simpatía. Si yo pudiera salvarla...

CONS. (Entrando.) En vano he esperado á Teresa en su casa.

RAFAEL. (Viéndola.) (Es ella! Empecemos á salvarla.) Señora!

CONS. Rafael.

RAFAEL. (Muy de prisa.) Señora, si tiene usted parientes lejos de aquí, si tiene usted un padre, un tio, un primo, no importa quién sea, al otro extremo de España, tome usted el tren y reúnase con él cuanto ántes.

CONS. Qué dice usted?

RAFAEL. Yo no la acuso á usted, señora; conozco demasiado el corazon humano para saber que al principio se lucha y despues se sucumbe. Tome usted el tren inmediatamente. Su esposo de usted...

CONS. Mi esposo!

RAFAEL. Lo ha descubierto todo: sabe de dónde proviene ese lujo.

CONS. Conque lo sabe? Tanto mejor; despues de todo él se tiene la culpa.

RAFAEL. Será posible? (Ap.) (En estos casos siempre tiene el

marido la culpa.) (Alto.) Pero él está furioso, señora, está furioso y es capaz... Tome usted el tren inmediatamente.

CONS. Eso es una locura! Yo me quedo aquí, no temo nada.

RAFAEL. (Ap.) (Esta sí que es una mujer fuerte.)

ESCENA XX.

DICHOS, ANTONIO.

ANT. (Entrando por la izquierda.) Mi mujer aquí! (Conteniéndose.) Señora! Puedo saber...

RAFAEL. (Interponiéndose entre los dos.) Vamos, don Antonio, cálmese usted.

CONS. Caballero, puesto que usted lo sabe todo, nada tengo que decirle.

ANT. Señora!

RAFAEL. Vamos, calma, calma, amigo mio.

CONS. Sólo le advierto que no culpe á nadie de lo sucedido. Usted únicamente ha sido la causa.

ANT. Esto es demasiado!

CONS. Sí señor; la avaricia de usted es la que me ha obligado!...

ANT. Señora! Señora! mire usted que voy á hacer un disparate!

CONS. Está bien, me retiro; cuando se calme usted y reflexione, estoy segura de que no sólo aplaudirá mi conducta, sino que me felicitará por ella.

RAFAEL. (Asombrado.) Qué mujer! qué mujer.

ESCENA XXI.

ANTONIO, RAFAEL, y despues EMILIO.

ANT. Felicitarla! puede darse mayor descaro?

RAFAEL. Hombre, yo le diré á usted; mirando la cuestion bajo cierto punto...

ANT. Qué punto?

RAFAEL. No lo sé, hay tantos puntos... (Cogiéndole la mano.) y

ademas, es una mujer, amigo mio.

ANT. Por eso mismo mi venganza será tremenda. En cuanto á Emilio...

EMILIO. (Entrando muy alegre.) Presente!

ANT. Él!

RAFAEL. Demonio!

EMILIO. (Á Antonio.) Ya me tienes aquí. Vengo de ver la señora, ya sabes cuál.

ANT. (Con ironía.) Sí, la del marido imbécil.

EMILIO. Justo. El pobre hombre sospechaba algo, pero ella le ha convencido de que ve visiones.

ANT. Lo crees así?

EMILIO. Estoy seguro de ello.

ANT. (Ap.) (Qué cinismo!)

RAFAEL. (Ap. á Emilio.) (Querido tio, no diga usted una palabra más.)

EMILIO. Por qué?

RAFAEL. Porque lo sabe todo.

EMILIO. Mejor.) (Á Antonio.) Conque sabes...

ANT. (Con fingida calma.) Sí, sé que mi mujer vá todas las tardes de una á cinco á tu casa.

EMILIO. Con efecto: segun eso, te han revelado...

ANT. Todo. Ahora, como comprenderás, lo que deseo saber, es en qué época empezaron las visitas.

EMILIO. Hará cosa de unos diez ó doce meses. No he llevado la cuenta, y como creía hacerte un favor...

ANT. Basta, Emilio! Esto traspasa los límites! Ya comprenderás que esto no tiene más que una solucion. (Emilio quiere hablar.) Ni una palabra: todo lo que vayas á decir es inútil; mañana al amanecer te aguardo con tus padrinos...

EMILIO. Pero qué quiere decir esto?

ANT. Que lo sé todo.

EMILIO. Y bien, ¿porque tu mujer dé lecciones de piano á la mia, quieres que nos rompamos la cabeza?

ANT. Qué estás diciendo?

EMILIO. La verdad, y puesto que lo sabes todo, no sé de qué te

extrañas. Tu mujer para sostener el lujo que gasta, da lecciones de piano bajo el nombre de Madame Roberchini.

ANT. No me engañas?

EMILIO. No por cierto. (Se escucha tocar el piano dentro.) Escucha: ahí tienes á mi mujer dando leccion.

ANT. Será posible! Entónces esa mujer por quien venías á esta casa...

EMILIO. La del marido imbécil?

ANT. Sí.

EMILIO. Es la esposa de don Márcos!

ANT. (Abrazandole.) Ay, amigo mio! dame un abrazo. Tú me haces feliz.

ESCENA XXII.

DICHOS, D. MÁRCOS.

MARCOS. Ya he dejado la maleta en la casa, pero no he podido ver á su esposa de usted porque se había marchado. (Viendo que todos se rien.) De qué se rien ustedes?

ANT. Figúrese usted, amigo mio... pero es inútil que se lo diga á usted, porque no le ha de divertir. Já! já! já!

MARCOS. (Ap.) (Este hombre ha perdido el juicio; pues no se rie con el amante de su mujer?)

ESCENA XXIII.

DICHOS, CONSUELO, TERESA y SOFÍA.

CONS. (Entrando.) Vamos, te se ha pasado ya!

ANT. (Corriendo hácia ella.) Oh! ángel mio! Cuánto te amo! (La abraza.)

TERESA. Si estorbamos...

ANT. Oh no señora. Dispense usted que me haya dejado llevar del cariño que profeso á mi esposa.

MARCOS. (Ap.) (Pues señor, está loco rematado.)

ANT. Amigo don Márcos, aquí tiene usted un matrimonio completamente feliz.

MARCOS. Me alegro: en cambio yo, como no soy tan confiado como usted, estoy sobre ascuas.

ANT. Qué le sucede?

MARCOS. Que he encontrado al tio de mi mujer, he querido devolverle su petaca y me ha contestado que no es suya. (Saca la petaca.)

TERESA. Qué veo! la petaca de Emilio!

ANT. (Ap. á Emilio.) (Te pescó.)

EMILIO. (Saca muy tranquilamente su petaca del bolsillo y la compara con la otra.) El hecho es que se parecen bastante!

ANT. (Ap. á Emilio.) (Ah bribon!)

EMILIO. (Id. á Antonio.) (Digo, eh? si no me apresuro á comprar otra!)

CONS. (Á Antonio.) Conque no me felicitas por mi conducta?

ANT. Oh! sí, vida mia! Desde hoy no sólo renuncio á mis celos, sino que cuanto gane será para emplearlo en tí.

Despues de mil angustias
y sobresaltos
conozco que mis celos
son infundados.
Y que no hay otra
tan pura é inocente
como mi esposa.
Por eso enamorado
y arrepentido,
el perdon de mis culpas
hoy solicito.
Galantes sed
y aplaudid por lo ménos
á mi mujer.

FIN.

OBRAS DE D. EDUARDO DE LUSTONÓ.

Un sarao y una soirée, caricatura de costumbres dividida en dos láminas, original y en verso. [1]

¿Silba ó aplausos? juguete cómico en un acto, original y en verso.

La cómico-mania, boceto de malas costumbres, en tres cuadros, original y en verso. [2]

No mas ciegos, juguete lírico en un acto, y en prosa. [3]

En la confianza está el peligro, proverbio en un acto y en prosa. [4]

Belenes, escenas originales de la vida de un soltero, coleccionadas en tres actos.

El libro azul, comedia en un acto y en prosa.

La Viuda de Rodriguez, comedia en un acto y en prosa.

Por un agujero, disparate cómico en un acto, original y en prosa.

El marido, comedia en un acto y en prosa.

Mercedes, juguete cómico en un acto, original y en verso.

Mi mujer me engaña, comedia en un acto y en prosa.

LIBROS.

Los neos en calzoncillos.

El quitapesares.

El libro verde.

El Hazmereir.

Cancionero de obras de burlas.

---

1 En colaboracion con el Sr. Ramos Carrion, y música del Sr. Arrieta.

2 Idem, idem, con el Sr. Saco. 3 Idem, idem, idem. 4 Idem, idem, idem.

AUMENTO A LA ADICION DE 1.° DE ENERO DE 1874.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Á gusto de la tia	1	E. Navarro	Todo.
Don Lesmes	1	Manuel Nogueras	»
El diluvio	1	José Velazquez	»
El libro talonario	1	J. Hayeseca	»
El retrato de Macaria	1	R. María Liern	»
1873 y 1874. (*Revista.*)	1	R. Valero y Llorens	L. y M.
Un nin de enredos	1	N. N.	Todo.
Mi mujer me engaña	1	Eduardo de Lustonó	»
Morirse á tres dias fecha	2	E. Zamora y Caballero.	»
El honor	3	R. de Campoamor	»
Blanca Blandini	4	E. Zumel	»
ZARZUELAS.			
Americanos de pega	1	R. María Liern	Libro.
Dos telégramas	1	Portero y Segura	L. y M.
El que va á morir te saluda	1	Belza y Balart	L. y M.
Los rosales de mañana	1	Guillermo Cereceda	Música
Un sevillano en la Habana	1	Leopoldo Palomino de Guzman	Libro.
Pedro el Veterano	1	Liern y Monfort	L. y M.
El hosterero de Ricla	3	Gabriel Balart	Música

Ha dejado de pertenecer á esta Galería la comedia en un acto de D. Eduardo Navarro, titulada: *Por un descuido*, y la música de las zarzuelas en un acto del Sr. Rossetti, tituladas: *El cuerpo del delito; El padre de mi mujer; Un auto de prision*, y *Un jaleo en Triana.*

3 0112 117488749

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.